

Nerea Miravet Salvador “¿Cuán nueva es la aceleración contemporánea? Historia conceptual y crítica del tiempo”, *Conceptos Históricos*, 5 (7), pp. 98-127

RESUMEN

Este texto pretende subrayar la fecundidad de la Historia conceptual koselleckiana para los análisis críticos del carácter de nuestra época, que ponen el foco en las consecuencias de una determinada concepción y experiencia del tiempo. Tomaremos el concepto de aceleración como lema que condensa el sentido de estas patologías y de su génesis moderna, y trataremos de evidenciar las aportaciones, herramientas y el potencial crítico que la *Begriffsgeschichte* ofrece a este respecto en su doble faceta de aproximación historiográfica y de teoría de la modernidad y de la modernización.

Palabras clave: *Aceleración, tiempo, modernidad, historia conceptual, crítica.*

ABSTRACT

This text aims to highlight the fecundity of Koselleckian Conceptual History in the context of the critical analyses of our time character that focus on the consequences of a certain conception and experience of time. We will take the concept of acceleration as a motto that condenses the meaning of these pathologies and their modern genesis and we will try to offer evidence on contributions, tools and critical potential that the *Begriffsgeschichte* offers in this regard in both its facet as a historiographic approach and as a theory of modernity and modernization.

Key words: *Acceleration, time, modernity, conceptual history, critique.*

Recibido el 13 de diciembre de 2018

Aceptado el 19 de marzo de 2019

¿Cuán nueva es la aceleración contemporánea?

Historia conceptual y crítica
del tiempo

Nerea Miravet Salvador

nerea.miravet@uv.es

Universitat de València, España



Introducción

Nada posee significado si carece de *swing*, escribió Irving Mills. Podríamos considerar, a partir de esta prerrogativa, que la potencia expresiva de un ente cualquiera no es algo estático, sino el fruto de la particular sucesión acompañada de sus elementos. Desde esta perspectiva, cabría preguntarse: ¿posee nuestra época ese *groove* que dota de sentido al expandir y unificar en un mismo ritmo a cuantos alcanza?

La reflexión contemporánea en torno al tiempo, donde la profusión de textos es en sí misma un lance para ponderar, ha puesto de manifiesto una crisis temporal cuya manifestación más fehaciente sería la fragmentación del tiempo de las vivencias humanas en segmentos desincronizados que transcurren a velocidades difíciles de asumir para un intento de gestión humana de las condiciones temporales de vida. Con diferentes matices –nada desdeñables– respecto al calendario y los detonantes del proceso, una considerable mirada de autores procedentes de diferentes disciplinas confluye en la caracterización de las sociedades contemporáneas como “nanocracias”, singularizadas por la preeminencia absoluta de un principio de celeridad.

Comenzaremos dando una pequeña muestra de ello mediante la exposición de algunas de las líneas principales de cuatro de los análisis que se mueven en este marco interpretativo y que nos parecen

paradigmáticos al respecto. Seguidamente pasaremos a mostrar aquellos aspectos de la Historia conceptual que encontramos irrenunciables para este tipo de “diagnósticos de la aceleración”, en los que, de hecho, como señalaremos, encontramos ya indicios de dicho influjo.

Diagnósticos de la aceleración

Antes incluso de la caída del muro de Berlín o de la implosión del uso de la internet, Paul Virilio detectaba ya el auge incontestable de la velocidad como valor estratégico, algo cuyas consecuencias políticas y económicas le parecían incalculables, pero manifiestamente nefastas. La que se da entre política y presteza es, para Virilio, una relación genética que, bajo sus diferentes concreciones históricas, mantiene inalterada la correspondencia entre poder y control del movimiento. La política, en esta lectura, es una caja de velocidades que durante la época moderna saca a relucir su naturaleza con claridad meridiana:

El poder político del Estado, en consecuencia, solo secundariamente es “el poder organizado de una clase para la opresión de otra”; más materialmente es *police*, *police*, *vale decir* *vialidad*, y esto en la medida en que, desde los albores de la revolución burguesa, el discurso político no es más que una serie de asunciones de la vieja poliorcética comunal, que confunde el orden social con el control de la circulación (de las personas, de las mercancías) y la revolución, el motín con el embotellamiento, el estacionamiento ilícito, los choques en serie, la colisión.¹

Tanto es así que Virilio propone rebautizar la Revolución industrial como “Revolución dromocrática”, en el curso de la cual la velocidad metabólica, dependiente de la dotación biológica de los cuerpos, deja paso al progresivo y raudo desarrollo de la velocidad tecnológica.² Carente de límites infranqueables, la aceleración del cambio llevada a cabo por la tecnología constituye un asalto permanente al mundo y a lo humano que, en opinión de este autor, convierte la violencia de la velocidad en “el lugar y la ley, el sino y el destino del mundo”.³ Virilio trata de justificar semejante inflexión poniendo de relieve el modo en que cristaliza en el terreno del equipamiento bélico la ecuación “a mayor rapidez, menor libertad”. La imposibilidad de detener la propia carrera armamentística ocasionada por las nuevas armas, en la medida en que no hay otra disuasión verosímil que la del propio desarrollo exponencial de los rendimientos armamentísticos –y por tanto la disuasión no estaría, como

1 Paul Virilio. *Velocidad y política*. Buenos Aires, La marca, [1977] 2006, p. 22.

2 Paul Virilio. *Velocidad y política...*, pp. 59-115.

3 Paul Virilio. *Velocidad y política...*, p. 134.

antaño, en la propia utilización de las armas o siquiera en su posibilidad, sino que se desplazaría a la creación de nuevas armas-, habría producido finalmente toda una serie de automatismos que habrían excluido del terreno de la producción de los medios de destrucción toda elección política. El colorario del Estado de urgencia que en este marco se genera es, pues, una “autosuficiencia de la automatización” que nos acercaría al límite infranqueable más allá del cual desaparecería la acción política propiamente humana.⁴

Menos centrados en lo militar, los escritos posteriores de Virilio han ido concretando esta imagen del mundo contemporáneo como el fruto decadente de una perniciosa “arritmia electrotécnica”. Entre sus aportaciones a este tipo de diagnósticos, cabe recalcar el énfasis en una paradoja que estaría determinando el tipo de historicidad propia de nuestra época: la frenética sucesión de novedades en todos los ámbitos de la vida se produciría, en realidad, sobre el trasfondo de una petrificación de los parámetros sociales capaces de dar cuenta de transformaciones significativas, entendiendo por tales cambios duros y ricos en consecuencias para el conjunto de la sociedad, susceptibles de sugerir el acceso a nuevas formas de sociedad: “llevados por su extrema violencia, no vamos a ninguna parte, nos contentamos con abandonar lo vivo en beneficio del vacío de la rapidez”.⁵ El paro estructural, asegura Virilio, es una suerte de profecía autorrealizada de esta “tetrapleja de un cuerpo social en perpetuo movimiento, pero fijado en cada uno de sus miembros”.⁶ La pérdida del sentido de trayectoria inscripto en la moderna concepción de la historia es sustancial en este proceso. La sustitución de las clásicas cronologías del medio y el largo plazo por las “nanocronologías del infinitamente corto término” no solo habría dado al traste con los plazos necesarios para el conocimiento y la memoria de los hechos, sino también con la confianza en el porvenir, lo que convirtió el tiempo en una eternamente presente inmovilidad fulgurante.⁷

4 Ver Paul Virilio. *Velocidad y política...*, pp. 127-131.

5 Paul Virilio. *L'inertie polaire*. Paris, Christian Bourgois, [1990] 2002, p. 147. Cuando no se indique edición en castellano, la traducción de la cita es nuestra.

6 Paul Virilio. *Le Grand Accélérateur*. Paris, Gallilée, 2012, p. 29.

7 Ver Paul Virilio. *Le Grand Accélérateur...*, pp. 14-16. Sobre este presentismo y sus diferentes valedores, ver los trabajos de Faustino Oncina. “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, N° 44, 2015, pp. 89-114; e “Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada”, en Faustino Oncina y José Manuel Romero (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*. Granada, Comares, 2016, pp. 3-28. Es significativo a este respecto la diferencia de acentos entre la crítica al presentismo de François Hartog y la reivindicación del mismo que realiza Hans U. Gumbrecht. Ver François Hartog. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris, Seuil, 2003; Hans U. Gumbrecht. *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid, Escolar y Mayo, [2010] 2010.

A unos pocos años de distancia de *Velocidad y política*, en el contexto de un exhaustivo estudio sobre el proceso de secularización moderno, Giacomo Marramao encausaba también la derivación contemporánea de la concepción y experiencia modernas del tiempo recalando, como Virilio, en una conmoción del vector futuro.⁸ La época hipermoderna –como Marramao opta por designar la contemporaneidad– habría conservado el apego moderno por el cambio, su equiparación entre el transcurrir humano y el desafío perenne a lo existente, desembarazándose, sin embargo, de los fines que lo fundamentaban:

Hoy, caído el mito del progreso, la aceleración se ha convertido (...) en una mera serialidad de las innovaciones (...). El síndrome de nuestro presente, presente de las pasiones tristes, del futuro a la espalda, no es tanto la aceleración como, para ser más precisos, el síndrome de la prisa. Y la prisa significa una incongruidad en la relación entre la intención y el objetivo. No conseguimos enfocar los objetivos, no nos movemos en el interior del tiempo oportuno.⁹

La serialidad de fragmentos de tiempo siempre nuevos que se agotan en sí mismos a una velocidad inusitada engulle la índole emancipadora del futuro. Es el cariz particular que Marramao le da a la fórmula kose-lleckiana “futuro-pasado”, que pasa, en sus trabajos, de ser categoría histórica-hermenéutica a cabecera de la “inversión simbólica de la perspectiva futurológica, la cual –de factor energético-emancipativo– acaba por volcarse en factor entrópico-coactivo”.¹⁰ Perdida la carga axiológica del progreso o el carácter intencional y proyectado del futuro, el tiempo presente se ve acuciado por el síndrome de la prisa. Como el italiano enfatiza en diferentes ocasiones, no se trata de apego a la velocidad sin más, que en toda época ha sido valorada con arreglo a la consecución de determinados objetivos y enmarcada en su momento oportuno, cuanto de la prisa, esa condición intempestiva en la que el proyecto se reduce a “dispositivo técnico de aceleración del cambio y de ‘colonización del futuro’”.¹¹

La consecuencia inmediata de semejante intensificación es una doble pérdida de gobernabilidad del tiempo. En el plano individual, se desconfía de la sujeción del futuro a nuestra capacidad de decisión, considerándolo, en cambio, a disposición de estructuras impersonales, como las grandes empresas o los grupos de comunicación global.¹² En el nivel

8 Nos referimos a: Giacomo Marramao. *Poder y secularización*. Barcelona, Península [1983] 1989.

9 Giacomo Marramao y Nerea Miravet. “El pensamiento fuerte de la contingencia. Una conversación con Giacomo Marramao”, *La Torre del Virrey*, Nº 15, 2014, pp. 59-66, aquí p. 60.

10 Giacomo Marramao. *Dopo il Leviatano. Individuo e comunità*. Torino, Bollati Boringhieri, 2013, pp. 403-404. Ver también del mismo autor: *Poder y secularización...*, pp. 89-90.

11 Giacomo Marramao. *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Barcelona, Gedisa, [1992] 2008, pp. 19-21.

12 Giacomo Marramao. *Kairós...*, pp. 19-20.

político, Marramao sostiene que hay una interdependencia entre la crisis de legitimidad que adolecerían los Estados contemporáneos y la erosión simbólica sufrida por el futuro.

Este carácter ambivalente de la temporalidad contemporánea, que muestra su talante plenamente moderno en la homogeneidad y vacuidad que la caracterizan, a la vez que se distancia del futurocentrismo y los fines que la concretaban en la modernidad, lo encontramos también en el diagnóstico de Zygmunt Bauman.¹³ Este fragmenta la época moderna en dos segmentos, modernidad sólida y modernidad líquida, haciendo coincidir el tiempo presente con la concreción postrera de dicha fase histórica. El contraste entre ambas etapas surge de la mayor o menor cabida que en cada una de ellas tiene la duración, de modo que, si bien la modernidad está intrínsecamente comprometida con el dinamismo, solo en su período contemporáneo se entrega a este sin reservas ni subordinación a un fin ulterior. Aquello que aflora articulado en el universo metafórico de la liquidez es el fenómeno de una agudización de la velocidad del cambio, que se manifiesta en la consistencia proteica de los diferentes elementos que organizan la vida de los individuos líquido-modernos (relaciones sociales, formas de trabajo, estrategias identitarias, saberes, normas, hábitos de conducta, etc.). Esta caída en la transitoriedad entraña, para Bauman, una degeneración de las condiciones de vida de individuos y sociedades que, con todo, continúan siendo modernos y, como tales, no renuncian a principios como la autonomía o la emancipación. En contextos de extrema fugacidad, la toma de decisiones y la elaboración de proyectos no encuentran asideros en los que apoyarse para anticipar los escenarios futuros que permiten juzgar su idoneidad, así como para limitar las consecuencias de posibles fracasos, y fuerzan con ello a apresurarse solo para no descolgarse de un transcurrir del que no se conoce y no se admitiría término alguno. La fluidificación de los vínculos sociales agudiza esta situación de precariedad y bloquea las posibilidades de éxito de cualquier escenario alternativo imaginable. Tanto los sujetos como la política se ven así desposeídos de un poder al que solo tienen acceso aquellos que, en virtud de la mayor capacidad de movilidad que les brinda su alta potencia de aceleración, marcan el tempo para el conjunto social, esto es, elites económicas intrínsecamente antagónicas al compromiso político, más allá de la consecución concreta de sus fines particulares. Incapaz de hacer frente a la amenaza permanente de huida del capital, la política empeña sus competencias para, en el mejor de los casos, salvar a una masa laboral fijada al suelo. Y el individuo, por su parte, vive hiperatribulado por la tarea de encarar, en solitario y

13 Zygmunt Bauman. *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [2000] 2009. También para lo que sigue.

sin red, las contingencias y contradicciones sociales ligadas a su ejercicio de autoafirmación. En resumidas cuentas, en el marco baumaniano, la aceleración redundante en el despliegue de una doble antítesis según la cual, en paralelo al aumento inversamente proporcional que se da en el terreno político de necesidad de intervención y responsabilidad, por un lado, y eficacia de los medios de acción, por otro, en lo que concierne a los sujetos, se abre una brecha entre su derecho a la autoafirmación y su control sobre los mecanismos sociales necesarios para hacerla factible.

Esta misma coyuntura la encontramos en los análisis de Hartmut Rosa, autor del estudio más sistemático elaborado hasta la fecha sobre la aceleración social contemporánea.¹⁴ La hipótesis subyacente a la propuesta de Rosa es la discontinuidad de la historia de la aceleración que define la época moderna. Tras el umbral que supuso el lapso 1750-1850, la década de los setenta del siglo XX inaugura una nueva “época silla” consistente en un aumento del ritmo de cambio social.¹⁵ Un incremento de tal calado que, según observa este autor, la aceleración se convierte en la modernidad tardía –como él opta por denominar la fase histórica actual–, en un ciclo autopropulsado que no requiere la intervención de motor externo alguno, y en el que la introducción de novedades técnicas en respuesta a la rarefacción del tiempo en la vida productiva y cotidiana atiza la caducidad de los saberes, prácticas, experiencias y expectativas que configuran el mundo social. Con ello, alienta, a su vez, la aceleración del ritmo de vida en aras de la adaptación y el éxito, para lo cual llegamos nuevamente a la necesidad de la innovación técnica, y así en un ciclo sin fin visible.¹⁶ Como consecuencia, pese a la reducción del tiempo necesario para el desarrollo de gran parte de los procesos y acciones cotidianos, se extiende el sentimiento de una carestía de recursos temporales.¹⁷

14 Nos referimos a: Hartmut Rosa. *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, [2005] 2014.

15 Cabe precisar, no obstante, que esos umbrales marcan el inicio de un cambio que solo posteriormente se generalizará y afianzará, de modo que las dos olas de aceleración reconocidas por Rosa se sitúan, más bien, en la práctica, a partir de la década de los noventa de los siglos XIX y XX respectivamente. Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, pp. 82-84. De la *Sattelzeit* koselleckiana, a la que aquí se está haciendo referencia, nos ocuparemos más adelante.

16 Rosa deslinda la naturaleza del incremento en la velocidad de transformaciones producido desde el arranque de la época moderna, al establecer una distinción entre tres tipos de aceleración: la “transformación creciente de los modos de asociación social, de las formas de práctica y de la sustancia del saber (del saber práctico)” (aceleración del cambio social); “la aceleración intencional de procesos orientados hacia un fin en el dominio de los transportes, la comunicación y la producción” (aceleración técnica); y, por último, el “aumento del número de episodios de acción o experiencia por unidad de tiempo” (aceleración del ritmo de vida). Ver Hartmut Rosa. *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires-Madrid, Katz, [2010] 2016, pp. 21-39.

17 Es la evidencia de la que parte Diego Fusaro en su *Essere senza tempo*. Además del

Ese índice de aceleración que constituye la verdadera novedad del paso entre épocas se cuantifica, según propone Rosa, en la tasa de estabilidad de las condiciones de vida dentro del ciclo de generaciones. Familia y trabajo son, a este respecto, dos fuentes de indicadores privilegiadas. Partiendo del concepto de *compresión del presente*, de Lübbe, este autor detecta una aceleración creciente del ritmo de cambio en los procesos esenciales de producción y reproducción. Su conclusión es que:

mientras que la velocidad del cambio, al inicio de la modernidad, era intergeneracional, pasando por una sincronización aproximativa con la sucesión de las generaciones en la "modernidad clásica", ha aumentado hasta alcanzar un ritmo tendencialmente intrageneracional en la modernidad tardía.¹⁸

Rosa defiende que, superado ese límite en la cadencia del cambio, fenece la asimilación del tiempo a un movimiento dirigido y dirigible. La política en el tiempo y el tiempo en la política, presupuestos fundamentales del proyecto político moderno en el marco de este autor,¹⁹ se hundan arrasados por la desincronización entre el ritmo de la política y el de las otras esferas sociales, particularmente de la economía y de la técnica. La democracia es la máxima expresión del antagonismo de base entre la política y la aceleración, en la medida en que la formación de la opinión, la toma de decisiones razonadas y su implementación conllevan una temporalidad propia que no solo se resiste a ser apremiada, sino que aspira incluso a ponerle vallados a la aceleración.²⁰ Hay, además, en la evolución contemporánea del tiempo político, una contradicción que el Estado moderno no alcanza a resolver. A resultas de la aceleración en las otras esferas sociales, el sistema político se ve compelido a tomar más decisiones y en un menor tiempo, puesto que aumenta el alcance de las determinaciones, la necesidad de planificación por el incremento de las contingencias y la desintegración

diagnóstico de una suerte de síndrome de la prisa, el análisis de Fusaro encaja también en el planteamiento de este texto dada la orientación histórico-conceptual a la que se acoge expresamente. Ver Diego Fusaro. *Essere senza tempo. Accelerazione del tempo e de la vita*. Milano, Bompiani, 2010.

18 Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 178. También para lo que sigue. Para el concepto de *Gegenwartsschrumpfung* acuñado por Lübbe, ver su *Zeit-Erfahrungen. Sieben Begriffe zur Beschreibung moderner Zivilisationsdynamik*. Mainz/Stuttgart, Steiner, 1996

19 Para Rosa, la política moderna reposa sobre dos premisas fundamentales relativas a las estructuras temporales de la sociedad: "la convicción de que la sociedad es un proyecto que hay que organizar políticamente en el tiempo" (política en el tiempo) y la premisa de que "las diferentes estructuras de la formación de la voluntad política, de la toma de decisión y de su puesta en marcha, inherentes a los sistemas de la democracia representativa (...) están en esencia sincronizados con el curso de estas evoluciones, de suerte que el sistema político tiene el tiempo de tomar las decisiones fundamentales y de organizar a este efecto el proceso democrático y deliberativo de formación de la voluntad" (tiempo en la política). Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 392.

20 Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, pp. 407-410

de las bases socioculturales que orientaban y sostenían la decisión (es menos previsible el consenso sobre posibles motivaciones, se complica la identificación de los interlocutores convenientes, etc.). Pero, a la vez, los recursos temporales disponibles para llevar a cabo las resoluciones menguan considerablemente ante la velocidad de las innovaciones técnicas y sociales, el aumento del número de decisiones por tomar o la reducción de lo previsible. Como consecuencia, el proceso decisonal tiende a desplazarse fuera del terreno político, en favor de dominios aptos para una mayor celeridad, según se manifiesta en la juridificación, la desregulación económica o la privatización de la ética, a la par que el propio terreno de las resoluciones políticas traslada el peso del poder legislativo al ejecutivo.²¹ En resumidas cuentas, la política ha renunciado a su papel de corifeo del movimiento histórico, y si lo intenta, resulta más bien un entorpecimiento para la modernización. Con el futuro previsible reducido a su mínima expresión y la urgencia de los plazos elevada a su máxima potencia, las soluciones temporales cogen el testigo de los grandes diseños organizativos y la política se convierte en un participante reactivo en la trama de la historia, muta en lo que Rosa denomina “política situacional” [*Situative Politik*].²²

Pero la crisis del tiempo de la política no se refiere únicamente a la desincronización entre esta y la técnica, la ciencia o la economía. La propia experiencia del tiempo y, con ella, según los parámetros de Rosa, la integridad de la propia sociedad se ven comprometidas por el descompasar de la aceleración, puesto que “la política era, hasta aquí, la encargada de preservar la unidad cultural del tiempo frente a todas las tendencias a la desintegración en la sociedad”.²³ Sin embargo, las estructuras temporales de la modernidad tardía se caracterizan por una renuncia a la integración del cambio dentro de un marco narrativo capaz de articularlo como evidencia de progreso, por contraste con el pasado, y como etapa provisional dentro de una evolución más amplia, en relación con el futuro. La fragmentación de las secuencias de acción y de experiencia en unidades cada vez más exiguas y desconectadas, sucediéndose

21 Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, pp. 395, 405-407 y 415.

22 Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 410. Rosa detecta un proceso paralelo en el caso de la identidad personal que, en su opinión, se decanta del lado del dinamismo, sosteniéndose sobre proyectos de carácter más abierto, fragmentario y experimental. Aumentan las opciones, combinaciones, revisiones y contingencias en la autorganización biográfica. La fijación de una dimensión pierde progresivamente su poder de predeterminación sobre opciones futuras (como ocurría antaño con la relación entre formación y empleo); la edad deja de estar ligada a actividades y orientaciones específicas (se observan fenómenos como el paro juvenil o los matrimonios en la madurez). Hay, en suma, una pérdida de predictibilidad biográfica, contra la que los atributos llamados a configurar la identidad se fragmentan en una multiplicidad de condiciones transitorias que transforman la coherencia y cohesión del yo en una construcción flexible y dependiente del contexto [*Situative Identität*]. Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, pp. 362-370.

23 Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 403.

a una mayor velocidad, sustituye la direccionalidad progresista por la impresión de una petrificación.²⁴

Estrechamiento del margen de decisión e intervención sobre el curso de los acontecimientos, tanto a escala individual como colectiva; debilitamiento progresivo de la idea de futuro, que junto a la pérdida de sentido y autoridad de la tradición legada por la modernidad suprimen la procesualidad del tiempo y convierten el presente en un paria aquí y ahora; anquilosamiento del cuerpo social por debajo de una aparente cascada de innovación sin final; coacción al apresuramiento sin anclaje a la consecución de fines libremente escogidos; reconfiguración mundial de las elites y mecanismos de poder en función de la aptitud para mover y moverse a velocidades crecientes; etc., son algunos de los motivos recurrentes que comparecen bajo el paraguas de los diagnósticos de la aceleración. Nuestra propuesta aquí es que una auténtica crítica del crono acelerado del tiempo contemporáneo, que vaya más allá del mero registro de este tipo de ominosos corolarios y sea capaz de explicar su relación con nuestra gramática temporal, y con ello qué margen de cambio nos cabe, no puede eludir las aportaciones de la Historia conceptual. Dedicaremos el espacio que resta a desarrollar los motivos que sostienen esta postura.

El *tiempo nuevo* de la modernidad

En su introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales en lengua alemana, Koselleck expone la transición epocal que se produce entre 1750 y 1850 como un proceso complejo que puede identificarse conforme cuatro criterios: *democratización* del léxico político, que ve ampliado su espectro de uso y de referencia allende la aristocracia, los juristas y los eruditos; la *temporalización* de los significados, cuyo contenido de expectativa aumenta, lo cual hace entrar el futuro como una determinación fundamental de los conceptos político-sociales; la *ideologización* a la que ya nos hemos referido anteriormente, esto es, la conversión de ciertos conceptos en amplios receptáculos susceptibles de múltiples, e incluso, opuestos intereses y orientaciones, gracias a su aumento de abstracción; y una presión hacia la *politización* según la cual palabras y conceptos se vuelven cada vez con mayor fuerza y frecuencia herramientas comunes en la movilización en torno a diferentes diseños

24 Ver Hartmut Rosa. *Alienación y aceleración...*, p. 69. Rosa se hace cargo, además, del correlato semántico de tamaña mutación: "el concepto de movimiento elaborado durante la *Sattelzeit* ya no designa un movimiento en la modernidad avanzada, sino el despliegue de un espacio estático de formas políticas alternativas". Los -ismos ya no indican movimientos unidireccionales, sino "alternativas reversibles, experimentadas a la vez como atemporales y simultáneas". Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 420.

de futuro.²⁵ Sin embargo, como señala Luca Scuccimarra, en trabajos posteriores, el propio Koselleck parece decantarse hacia la temporalización como clave de lectura que por sí misma puede captar lo más característico de este proceso de transformación.²⁶ En su contribución al coloquio que en 1983, con el título *Epochenschwelle und Epochenbewusstsein*, reunió al grupo “Poetik und Hermeneutik”, Koselleck solapa el nacimiento de la Edad Moderna [*Neuzeit*] con el alumbramiento de un tiempo enfáticamente nuevo [*neue Zeit*], dado que:

Desde la segunda mitad del siglo XVIII se van acumulando los indicios que remiten al concepto de la Edad Moderna en sentido enfático. El tiempo no es solo el marco formal en el que todas las historias tienen lugar, sino que también obtiene una cualidad histórica. La historia no solo se realiza en el tiempo, sino también a causa del tiempo. El tiempo es metafóricamente dinamizado hasta convertirse en una fuerza de la historia.²⁷

Podríamos decir que la propia historia se temporaliza, puesto que ya no es el marco en el que se acoge el despliegue histórico de una instancia extrahistórica, sino el movimiento en el que la producción histórica misma se decide. La acrecencia inesperada e inédita del ritmo al que se suceden las mudanzas en todos los ámbitos de la vida es, antes que ninguna otra, la experiencia que pone sobre la mesa la imposibilidad en adelante de deducir el compás de la historia, tanto de anticipaciones providenciales, como de los astros o la secuencia de las generaciones y, por ello, el sostén primario de la identificación entre tiempo histórico y acción humana:

Si hay, en efecto, una experiencia del tiempo inmanente al mundo e histórica, que se diferencia de los ritmos temporales ligados a la naturaleza, esta es sin duda la experiencia de la aceleración, en virtud de la cual se califica el tiempo histórico de tiempo producido específicamente por los hombres. Solo a través de la conciencia de la aceleración –o de la correlativa desaceleración– la experiencia del tiempo, siempre ya dada naturalmente, puede ser definida como una experiencia del tiempo específicamente histórica.²⁸

25 Ver Reinhart Koselleck. “Introducción al *Diccionario histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*”, *Anthropos*, N° 223, 2009, pp. 92-105, aquí pp. 96-98.

26 Ver Luca Scuccimarra. “Historia de los conceptos y transición epocal”, en Faustino Oncina y Ana García Varas (eds.): *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*. Valencia, General de Ediciones de Arquitectura, 2017, pp. 12-31, aquí p. 11. Puede servir también como apoyo en este punto la defensa que Alexandre Escudier realiza de “modernización” como sinónimo de “temporalización” en su inventario de los significados que esta última categoría adquiere en Koselleck. Ver Alexandre Escudier. “‘Temporalización’ y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck”, en Faustino Oncina (ed.): *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010, pp. 163-215.

27 Reinhart Koselleck. *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid, CEPC, 2011, pp. 13-14. Ver también Reinhart Koselleck. *historia/Historia*. Madrid, Minim Trotta, 2010.

28 Reinhart Koselleck. *Aceleración, prognosis, secularización*. Valencia, Pre-Textos, 2003, p. 46.

Frente a la estabilidad de los ritmos naturales, el tiempo histórico puede ser acelerado –o ralentizado– y, por tanto, es un tiempo susceptible de modificación. Como anuncia Kant en 1798, las cifras de las épocas del mundo tienen que depender de los acontecimientos, y ya no a la inversa.²⁹

La aparición acelerada de novedades, así como la novedad que en sí misma constituye la velocidad a la que estas se suceden, impide a la reflexión histórica extraer de la experiencia realizada las condiciones de la experiencia posible.³⁰ Ella “remite a una historia que fue comprendida como un tiempo que se rebasaba siempre a sí mismo, por así decirlo: como modernidad, pues, en sentido enfático del término”.³¹ El tiempo que se rebasa siempre a sí mismo es un tiempo que introduce la cesura en la historia, que liquida la posibilidad de su repetibilidad. Pero justamente en este abismo que se abre entre el pasado y el futuro se visibiliza la cualidad temporal de la historia o, si se quiere, la existencia de un tiempo propio de la historia. Es porque el pasado deja de servir para anticipar el porvenir, y porque la experiencia de novedades radicales sucediéndose a un ritmo sin precedentes convierten el futuro en una entidad ignota, que la historia gana para sí un ámbito propio de acción y reflexión. El reino de la naturaleza, creado por Dios, no es completamente cognoscible a la razón humana; en contraste con el tiempo natural, se presenta este tiempo específicamente histórico, en el que la coincidencia entre actor y cognoscente es garantía de certeza, según la teoría vichiana del *verum ipsum factum*. Emancipada de la providencia y del carácter ejemplar de las historias, la Historia no se tiene más que a sí misma tanto para explicar cómo se producen los acontecimientos, como para establecer las categorías que harán posible comprenderlos y explicarlos.³² Realidad y reflexión se fusionan y dan lugar a un nuevo concepto de historia en el que son reunidas las condiciones para su realización y las condiciones para su conocimiento. La historia así entendida ensancha su alcance para albergar el todo del desarrollo humano en la forma de un sistema universal que, a la manera aristotélica, rebasa la suma de sus partes. Frente a las historias particulares referidas a sujetos empíricamente determinados, la creencia en la posibilidad de planificar y ejecutar la historia pasa

29 Immanuel Kant. *Antropología en sentido pragmático*. Madrid, Alianza, 1991, p. 100.

30 En *Futuro pasado*, Koselleck puntualiza: “La década de 1789 a 1799 fue experimentada por los que actuaron en ella como la irrupción en un futuro que no había existido nunca antes (...). Este carácter incomparable no consistía tanto –según Rupert Kornmann– en las nuevas situaciones como en la extrema velocidad con la que se producían o se originaban” (Reinhard Koselleck. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, [1979] 1993, p. 88).

31 Reinhard Koselleck. “¿Existe una aceleración de la historia?”, en Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (eds.): *Las contradicciones culturales de la modernidad*. Barcelona, Anthropos, 2007, pp. 319-345, aquí p. 332.

32 Ver Reinhard Koselleck. *Futuro pasado...*, pp. 316-321.

por la conversión de esta en un “singular colectivo”, una historia única, en mayúscula, general, sujeto de sí misma, “en sí y para sí”, absoluta. Con ello, el futuro entra a formar parte del concepto de historia, que, en cuanto totalidad, debe comprender las tres dimensiones temporales (pasado, presente y futuro). Deja de referirse a lo ya estado para pasar a indicar un complejo movimiento en curso, dirigido al futuro.³³

En suma, la cesura dieciochesca es identificada con una desnaturalización de la experiencia del tiempo en la que la aceleración del cambio asienta las condiciones para una toma de conciencia sobre la historia como cometido humano y en virtud de la cual el futuro se tornará el auténtico baricentro de la vida moderna. La aceleración, por un lado, alienta la historización del tiempo al romper con la regularidad de los ciclos naturales e impedir deducir el futuro del pasado; y, por otro, pone sobre la mesa realidades que se modifican en el tiempo a diferentes velocidades, lo que sienta las bases para la comparación como perspectiva histórica y, con ella, la concepción del tiempo como una plataforma de mejoramiento, como progreso.

De este modo, la Historia conceptual koselleckiana aporta el tipo de análisis que nos permite entender no solo el origen histórico del fenómeno aceleratorio, sino además, y sobre todo, el vínculo que lo une indisolublemente al proceso de modernización, que abre, con ello, la oportunidad de que un examen de las estructuras temporales actuales ejerza como matriz de toda una crítica del mundo contemporáneo, mediada entonces necesariamente por un aquilatamiento de su condición moderna.

A este respecto, avala nuestra postura el hecho de que varios de los autores señalados recurren a la expresión *Sattelzeit* y a los planteamientos de Koselleck para dar cuenta del significado histórico de la irrupción de la época moderna en el contexto de estudios que, de una manera u otra, acaban volviéndose hacia una comprensión y valoración de la aceleración contemporánea. Marramao, por ejemplo, reconoce abiertamente la deuda que su crítica del crono acelerado de la modernidad le debe a la semántica del tiempo histórico y a la tematización de la temporalización moderna koselleckianas. En su caso, la huella de la *Begriffsgeschichte* es particularmente marcada en el modo en que la conceptualización de la historia koselleckiana se vierte en un tratamiento del problema de la secularización que desemboca en la identificación de los factores patogenéticos de la temporalidad contemporánea. De la mano de Koselleck, Marramao hace corresponder el proceso de secularización moderno con el afianzarse de una concepción de la temporalidad como

33 Para la configuración y características de este nuevo concepto de historia, ver Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, pp. 52-56, 139-140, 253-256 y 333, así como del mismo autor, *historia/Historia...*

proceso creativo, acumulativo e irreversible de cambios rápidos y constantes, generados por la progresiva emancipación respecto a lo sido y a lo siendo. O vale decir que la experiencia de la aceleración constituye la forma genuina de la modernidad, de la que dependen, en última instancia, sus conceptos políticos y científicos fundamentales.³⁴ Ello permite a Marramao considerar la nuestra una época hipermoderna y hacer de la crítica de la temporalidad una crítica de la modernidad, puesto que el mundo contemporáneo constituye antes que nada una plena realización de la temporalización iniciada en la modernidad, de tal manera que: “el tiempo histórico regido por el principio de irreversibilidad se presenta plenamente en su carácter de ‘homogéneo y vacío’”,³⁵ en la forma de un futuro ya siempre liquidado. Esto es, la unicidad del tiempo histórico resultante de la escisión entre pasado y futuro alcanza hoy su máxima expresión transformado en una sucesión vacua de momentos, sin conexión entre sí y sin proyección futura. De la teleología, dice Marramao, hemos pasado a la entropía de un presente que se convierte en pasado real sin llegar a ser nunca futuro real. De ahí que, como ya señalamos anteriormente, Marramao se sirva de la fórmula koselleckiana “futuro-pasado” para condensar el sentido de las patologías temporales contemporáneas.

Bauman, por su parte, hace suya la metáfora de la “época silla” para caracterizar a una modernidad que define como el tiempo en el que el tiempo tiene historia y cuyo desenlace, como ya señalamos más arriba, es la dinamización inexorable de los parámetros de vida por encima del umbral que permitiría una eventual resolidificación de los mismos.³⁶ Aquello que para el sociólogo justifica la atribución al siglo XVIII de una suerte de sentido fundacional es la inauguración de una forma de entender el mundo y la posición del individuo en el mismo, para la que la realidad es una tarea humana en el doble sentido de una actividad de elaboración y de un deber encomendado. El mundo no es sino que llega a ser, como resultado de la voluntad y la acción humanas, y, justamente

34 Ver Giacomo Marramao. *Poder y secularización...*, p. 48.

35 Giacomo Marramao. *Poder y secularización...*, pp. 121-122.

36 Ver Zygmunt Bauman. *La cultura como praxis*. Barcelona, Paidós, [1999] 2002, pp. 15-16 y 20. En *La sociedad sitiada* y, muy posteriormente, en *Estado de crisis*. Bauman volverá a recuperar el lema, aunque esta vez volcando la metáfora sobre la propia situación de marcha incontenible hacia un futuro incierto en que nos encontramos actualmente: “Estamos subiendo una pronunciada ascensión tratando de alcanzar la cima del puerto. La pendiente es tan fuerte que, si nos detuviéramos y acampáramos, ninguna estructura que tratáramos de montar resistiría los vientos racheados y las tormentas. Así que tenemos que seguir ascendiendo y eso es lo que hacemos. Pero de lo que hay al otro lado de la subida (si es que llegamos alguna vez a tener la oportunidad de contemplarlo) no podemos saber nada hasta que no crucemos el paso de montaña. Es una metáfora diferente, pero sirve para caracterizar una situación sorprendentemente similar a la del Ángel de la Historia de Klee/Benjamin” (Zygmunt Bauman. *Estado de crisis*. Barcelona, Paidós, [2014] 2016, pp. 95 y 181). Ver también Zygmunt Bauman. *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [2002] 2004, p. 31.

por ello, el humano no puede desembarazarse de una labor de la que dependen su condición y la de su entorno. Pero un cambio de perspectiva semejante solo puede producirse sobre la base de una recomposición del tiempo que ya no lo limita a fondo, sobre el que se suceden los acontecimientos, sino que lo concibe como un agente activo en la configuración de ese mundo que se reclamará en un mismo gesto humano y moderno:

el rápido ritmo de cambio revelaba la temporalidad de todos los arreglos mundanos, y la temporalidad es un rasgo de la existencia humana, no de la divina. Lo que pocas generaciones antes había parecido una creación divina, un veredicto inapelable ante cualquier tribunal terreno, pasó entonces a ser sospechoso de esconder la tozuda huella de las empresas humanas, que tanto si son correctas como si no, siempre resultan mortales y revocables. Y, si la impresión no era engañosa, el mundo y la gente que lo habitaba se podían contemplar como una tarea más que como algo dado e inalterable.³⁷

Más allá o más acá del transcurrir natural y de la eternidad divina, existe un tiempo que es el de la diferencia entre el mundo que se hereda y lo que se cree que está por hacer y por llegar. La aceleración del ritmo de cambio se propone, ya en este texto, como el fenómeno que permite la toma de conciencia sobre esa diferencia y que se presenta *à la* Koselleck, como una fractura “entre la realidad y las expectativas”.

Asimismo, Rosa se encomienda a Koselleck con el fin de dar cuenta de la transformación que conlleva el proceso de modernización. Como Bauman, Rosa se adueña del lema *Sattelzeit* para denominar el inicio de una nueva percepción y experiencia de la historia, en virtud de la cual el estatismo que denota la vigencia de la máxima *historia magistra vitae* cede su lugar al dinamismo de una historia entendida como singular colectivo, dotada de una dirección y sujeto de su propio movimiento. La sociedad comienza a ser vista como una tarea que organizar en el tiempo, el cual gana para sí una densidad histórica sin precedentes, por ser no solo marco, sino también motor del despliegue histórico.³⁸ La temporalización es también, en el caso de Rosa, la transformación medular que justifica la postulación de una fractura epocal; y, nuevamente, el arranque de un aumento notable en el ritmo de cambio es la experiencia que encabeza dicho acontecimiento. La tesis de Rosa es que: “desde el inicio de la época moderna, el ritmo de vida medio ha aumentado, aun si no de forma lineal, sino a golpes, permanentemente alternados de pausas y de modificaciones de tendencias menores”.³⁹ Y ello no como un epifenómeno más o menos discriminable, sino en calidad de experiencia

37 Zygmunt Bauman. *La cultura como praxis...*, pp. 15-17. También para lo que sigue.

38 Ver Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, pp. 39 y 396-400.

39 Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 431.

definitoria, sin la cual no es posible entender de qué trata la modernidad: “Pues no solo es posible reconstruir la historia de la modernidad como historia de la aceleración, sino que es solo por esta vía que la unidad entre sus fuerzas motrices, sus contradicciones y sus fases históricas se encuentra desvelada”.⁴⁰

La aceleración como concepto

Los vaivenes semánticos sufridos por el concepto de aceleración constituyen, para Koselleck, toda una línea vertebradora de lo que será el proceso de consolidación de la temporalidad moderna, desde el desconcierto ante un cambio sin precedentes en su diferencia cualitativa y en su ritmo de aparición, a la elaboración teórica de todo un sistema de la historia.⁴¹ En esta línea, el alemán muestra que hay dos usos del concepto de aceleración que preceden al proceso de temporalización de la historia al que hasta ahora la hemos asociado. El primero, del que, no obstante, también encontramos muestras en la época moderna, se puede identificar ya en Tucídides, donde la aceleración de los acontecimientos se utiliza como indicador de una experiencia de crisis política. En este caso, aquello que incrementa su ritmo no es la irrupción de novedades, sino la sucesión de lo ya conocido, lo cual lo distingue del uso específicamente moderno, vuelto a aprehender los efectos de la innovación técnica e industrial.⁴² El segundo, en cambio, remite a un acortamiento que no es el de la compresión de los cursos temporales, sino el de la abreviación del tiempo mismo de la historia, su cese absoluto. Este acortamiento del tiempo florece en los textos apocalípticos de la tradición judeocristiana, en los que se presenta, según expone Koselleck, de acuerdo con tres variantes fundamentales: bien como acto de gracia para acabar con el tormento que separa a los creyentes del advenimiento del fin de este mundo; bien en la ausencia de esta anticipación, como oportunidad para ampliar el alcance del mensaje divino antes del apocalipsis; o bien como indicio de un estado mediador entre la mera expectativa y la llegada efectiva de ese final. Se trata, por tanto, de un concepto cuyo significado no procede del ámbito de los hechos, sino del de la expectativa. De facto, el incumplimiento de las profecías que articulan la esperanza del acortamiento del tiempo no solo no invalida la certeza de esta expectativa, sino

40 Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, p. 431; ver también su *Alienación y aceleración...*, p. 71.

41 Así lo sugiere, por ejemplo, en “¿Existe una aceleración...”, pp. 330-331, cuando asegura que: “Se puede constatar un cambio en la experiencia del tiempo mediante el incremento del uso de la ‘proposición empírica de la aceleración’ en el tránsito del siglo XVIII al XIX”.

42 Ver Reinhart Koselleck. “¿Existe una aceleración...”, pp. 333-335.

que aumenta la probabilidad de su realización futura. Así pues:

La fórmula del acortamiento, la supresión del *ordo temporum*, es, por consiguiente, una premisa teológica o metahistórica permanentemente aplicable. Los datos empíricos que deben corroborar el preconizado acortamiento de los tiempos pueden variar, pero la plausibilidad de la argumentación sigue intacta (...). El acortamiento del tiempo era aplicable a la historia en todo momento, pero él mismo era un requisito extrahistórico y suprahistórico, sobre el cual el hombre mismo no podía decidir.⁴³

A partir del siglo XVI, en cambio, el cotejo de nuevas aceleraciones cada vez más frecuentes empieza a dejar de ser referido, al menos en todo caso y en el terreno político, al fin de los tiempos. Los descubrimientos e invenciones de la joven ciencia moderna ofrecen un testimonio empírico de lo que, por ello, cesa de necesitar ser postulado desde el exterior del transcurrir mundano:

El acortamiento del tiempo que antes estableció desde afuera un final más temprano a la historia, se convierte ahora en una aceleración de sectores empíricos determinables, la cual se registra dentro de la historia misma. Lo nuevo de ello es que ahora el final no llega más pronto sino que, comparados con los progresos lentos de los siglos pasados, los actuales ocurren cada vez más rápido.⁴⁴

Koselleck aporta distintos testimonios que confirman la perspectiva de un desplazamiento del sostén de las esperanzas de una comprensión del tiempo. Ramus, Bacon o Leibniz no se contentan con la certeza autoprobatoria de la *potestas* aceleratoria divina, sino que remiten la reducción de los intervalos al aumento de cadencia de las innovaciones en relación con el tiempo precedente.⁴⁵ Por consiguiente, ya no es Dios quien capitaliza el motor del cambio, sino que el humano, en cuanto creador y descubridor, en cuanto científico e ingeniero social, gana para sí esta competencia. Asimismo, ya no se trata de una acción vertida sobre el tiempo en sí mismo como magnitud natural que es alterada en su extensión, sino que esa misma magnitud, de suyo uniforme, sirve de escala de medida para el cronometraje de los progresos humanos.⁴⁶

43 Reinhart Koselleck. "¿Existe una aceleración...", pp. 336-338. También para lo que sigue. Ver asimismo su *Aceleración, prognosis...*, pp. 47-52.

44 Reinhart Koselleck. "¿Existe una aceleración...", p. 339. Ver también su *Futuro pasado...*, pp. 138-139.

45 Reinhart Koselleck. *Aceleración, prognosis...*, p. 53.

46 Cabe señalar que José Luis Villacañas ha criticado duramente, por la falta de sustrato empírico, la filiación que en la elaboración de la tesis de la secularización Koselleck establece entre la immanentización de las promesas divinas, la emergencia de un tiempo específicamente histórico y la aceleración. Para esta crítica, ver José Luis Villacañas. "Sobre el uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media", en Faustino Oncina (ed.): *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. Madrid, Plaza y Valds y CSIC, 2009, pp. 97-116.

Mediante esta referencia al desarrollo técnico-científico, Koselleck restringe el alcance de la tesis de la secularización, de la idea de que la pretensión moderna de estar abriendo un tiempo nuevo sería una ilusión autoinducida tras la que se ocultaría el injerto al terreno mundano de ideas, esquemas y pautas de origen religioso, de modo que la aceleración moderna constituiría en realidad un esqueje del acortamiento del tiempo de la tradición apocalíptica judeocristiana. Ambas alternativas, el acortamiento reservado a Dios y la aceleración en el marco del progreso, comparten la referencia a una meta solo en virtud de la cual adquiere sentido la esperanza depositada en la anticipación. El apremio responde, en una y otra, a la voluntad de alcanzar con mayor velocidad bien la salvación eterna, bien la realización final de la sumisión de la naturaleza y la sociedad a un orden racional. Incluso esta diferencia de objetivos podría ser interpretada, a la manera löwithiana, como una mera transposición intrahistórica de las antiguas esperanzas cristianas, una reformulación de la que, después de todo, sería la aspiración común a ambas: la llegada acelerada de un reino de dicha y libertad.⁴⁷ Pero, más allá de este terreno acotado, Koselleck considera que la aceleración moderna excede y se distingue de la mera secularización de las expectativas apocalípticas, precisamente por el nuevo anclaje que el desarrollo técnico le proporciona. La clave de esta matización se halla, por tanto, en el descubrimiento de la aceleración, a partir de la Revolución francesa y la Revolución Industrial, como un concepto no solo de expectativa, sino también de experiencia.⁴⁸

No obstante, el papel cardinal que Koselleck le concede al desarrollo técnico en el proceso por el que la aceleración se emancipa de planes providenciales no conduce a una suerte de absolutización de la técnica como determinación causal del papel que la aceleración desempeña en la modernidad, como sí vemos en Virilio o en Bauman. En Virilio, como ya ha sido apuntado, no solo la modernidad, sino el conjunto de la historia, puede ser leída como un desarrollo de los medios de incremento de velocidad, animado por el principio de que es el más rápido el que obtiene el privilegio de la dominación. Así, si bien el motor es político, aquello en lo que se traduce y que a su vez determina las condiciones en las que esta lucha se perpetua hasta modular el carácter mismo de las diferentes épocas es la transformación técnica, de manera que la aceleración de las mutaciones sociales o del ritmo de vida, según

47 Ver Reinhart Koselleck. *Aceleración, prognosis...*, p. 62.

48 Según una carta inédita que Koselleck habría dirigido a Blumenberg en 1975, aquel manifestaría hallarse más próximo a este que a Löwith en la reconstrucción de la génesis de la utopía moderna y, por extensión, más cercano a una aproximación crítica con el presunto carácter secularizado de los conceptos modernos. Ver Gennaro Imbriano. *Le due modernità: critica, crisi e utopia in Reinhart Koselleck*. Roma, Derive Approdi, 2016, p. 341

la taxonomía de Rosa, son conceptualmente marginadas a la hora de explicar la función, alcance y peso de los procesos de aceleración en el contexto de la modernización.

En el caso de la lectura baumaniana, son las nuevas cotas de movilidad que permite alcanzar el desarrollo en la construcción de vehículos las que hacen del apremio un objetivo digno de persecución. Pese a que en el tránsito a la modernidad Bauman le concede un papel crucial a la transformación de la concepción temporal, la problematización y redefinición de los contenidos recogidos bajo ese significante se explica como reacción a un desarrollo técnico sin precedentes. Más concretamente, es la construcción de vehículos, y su sofisticación permanente, la que, mediante la transgresión de los límites de velocidad conocidos, origina una desnaturalización de la experiencia temporal que obliga a repensar el concepto.⁴⁹

Por el contrario, Koselleck señala que la aceleración “se convierte en el siglo XVIII en una obligación de planificación temporal, aun antes de que la técnica abra completamente el espacio de experiencia adecuado a la aceleración”.⁵⁰ Durante los siglos XV y XVI en Italia, y extendiéndose al resto de cortes europeas durante los siglos XVII y XVIII, germina el arte del pronóstico, en oposición a las viejas profecías. Esta transformación coincide con la lucha del Estado por erigirse en señor plenipotenciario del futuro. El futuro se troca en un espacio de cálculo para determinar la razón entre los casos favorables y los posibles. De un buen pronóstico puede depender el éxito político o la evitación del mal. Lo distintivo, respecto a las antiguas profecías apocalípticas, es que su formulación es ya un modo de alteración de la realidad. Aquello que se pronostica introduce una novedad que orienta la acción en uno u otro sentido, y modifica así los propios presupuestos de la previsión. De ahí que Koselleck asegure que: “El pronóstico produce el tiempo desde el que se proyecta y dentro del cual se proyecta, mientras que la profecía apocalíptica destruye el tiempo, de cuyo fin precisamente vive”.⁵¹

Con todo, el número de posibilidades que se contempla en el cálculo probabilístico es aún, en el contexto de las monarquías absolutas, limitado. El número de príncipes, las cifras referentes a su potencia militar, económica y demográfica y la esperanza de vida media de los gobernantes determinan un horizonte de posibilidades sometido todavía a la movilidad estática de magnitudes naturales, dentro del cual no cabe la novedad radical. En este contexto, la expectativa cristiana aún mantiene

49 Ver Zygmunt Bauman. *Modernidad líquida*..., pp. 15 y 120, y su *La cultura como praxis*..., pp. 39-40.

50 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado*..., p. 37.

51 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado*..., pp. 29-33.

su validez, en la medida en que sigue en vigor la división entre un más acá, donde nada fundamentalmente nuevo se produce, y un más allá, donde esta espera el momento de su irrupción. Lo que rompe definitivamente con esta perspectiva es la nueva conciencia del tiempo y del futuro con la que nacen las filosofías de la historia.

El descubrimiento de un tiempo propio de la historia va pareja a la disolución del lazo entre porvenir y tradición. El futuro que ya no cuenta con la restricción de posibilidades de lo acontecido es un espacio ignoto, pero también un espacio abierto a indefinidas vías de continuación del presente. Puede y necesita, por ello, ser planificado. El único modo en que la anticipación, a propósito de un porvenir desconocido, se vuelve posible es, como ya supo ver Kant, si aquel que realiza el pronóstico es el mismo que cumple y dispone los acontecimientos augurados.⁵² Acabar con el pasado no es entonces una simple contingencia, sino un *dictum* atravesado por un coeficiente temporal del que depende el advenimiento de la diferencia que se espera: “el ilustrado consecuente no toleraba ningún apoyo en el pasado. El objetivo que explicaba la *Enciclopedia* era acabar con el pasado tan rápidamente como fuera posible para que fuera puesto en libertad un nuevo futuro”.⁵³ El sujeto de la moderna filosofía de la historia no se detiene en la predicción del futuro, anhela su llegada inminente y se vuelca por ello en la producción de las condiciones que vayan a permitirlo. En suma:

La aceleración, primeramente una expectativa apocalíptica de los períodos que se van acortando antes de la llegada del Juicio Final, se transforma –igualmente desde mediados del siglo XVIII– en un concepto histórico de esperanza. Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución francesa un núcleo de realidad inesperado y duro.⁵⁴

Así pues, la Historia conceptual koselleckiana permite entender que aquello que la técnica aporta a la consolidación de la aceleración como aspecto central de la modernidad es la saturación empírica de una idea que, con todo, ya existía en la forma de expectativa con anterioridad a su confirmación en la experiencia. No solo el desarrollo en el ámbito del arsenal bélico o en el ámbito de los transportes sobre los que se focalizan Virilio y Bauman, también la división del trabajo, las innovaciones en el terreno de la transmisión de información (introducción de la rotativa, invención de la telegrafía, la litografía y la fotografía...) o la explosión

52 “Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en constante progreso hacia lo mejor”, en Immanuel Kant. *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*. Madrid, Tecnos, 2006, pp. 79-100, aquí p. 80.

53 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, p. 61.

54 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, p. 64.

demográfica, ratifican de manera inmanente la aceleración moderna. Sin embargo, el aumento de relevancia del futuro y la voluntad de ocasionar su realización temprana no resultan “del mundo sobredimensionado técnica e industrialmente, que impone a los hombres lapsos cada vez más breves para acumular nuevas experiencias y para poder adaptarse a las modificaciones provocadas cada vez con mayor rapidez”.⁵⁵ Antes de que se produjesen estos acontecimientos, en el esplendor de la Ilustración, la fijación de las metas de la historia va ya acompañada de la ambición de su conquista acelerada.

La crítica según lo disponible del concepto

La *Begriffsgeschichte* persigue, como es bien sabido, la clarificación de transformaciones extralingüísticas desde la conciencia de que el medio en el que esta búsqueda es posible es el concepto. Este constituye una suerte de trascendental kantiano que hace posible la historia sin ser derivable de la misma.⁵⁶ La estratificación del tejido histórico y las alteraciones que esta experimenta se depositan en los conceptos históricos, de modo que, en su aspiración a pervivir más allá de las transformaciones sociales y en las oscilaciones a las que, sin embargo, se ven sometidos, los conceptos “contienen posibilidades estructurales, tematizan la simultaneidad de lo anacrónico, que no puede reducirse a una pura serie temporal de la historia”.⁵⁷ Desde esta perspectiva, el rédito del estudio biográfico de los conceptos dependerá de nuestra capacidad para captar lo vigente y lo obsoleto de los mismos.

En la conversación que mantuvo con Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, aprovechando la ocasión de su visita académica a España en 2005, Koselleck aseguraba que: “a largo plazo es evidente que las propias estructuras de aceleración también pueden analizarse y es posible encontrar problemas comunes, similares o repetidos también en el siglo XIX, e incluso en el siglo XX”.⁵⁸ El gran *décalage* entre experiencia y expectativa sigue siendo hoy un problema al que nos enfrenta nuestra particular relación con el tiempo histórico, como lo muestran las reflexiones de autores tan numerosos y variados como: Paul Valéry, George Simmel, Marshall Berman, Marc Augé, Serge Latouche, Byung

55 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, p. 16.

56 No en balde, Koselleck recuerda que: “Como afirma Kant, no hay experiencias sin conceptos y, por supuesto, no hay conceptos sin experiencias” (“Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, Nº 53, 2004, pp. 27-45, aquí p. 28).

57 Reinhart Koselleck. *Futuro pasado...*, p. 151.

58 Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes. “Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck”, *Revista de Libros*, Nº 112, 2006, pp. 6-10, aquí p.8.

Chul Han, Josetxo Beriain, Diego Fusaro, José Luis Pardo, Manuel Cruz, Luciano Concheiro, etc., que se añaden a los ya considerados (Virilio, Marramao, Bauman y Rosa). El lamento de un Goethe respecto a la caducidad temprana de todo cuanto nos rodea y la imperiosa necesidad de un continuo reaprendizaje perviven en estos análisis. En ellos reaparece también una angustia suscitada por la determinación de una relación de mutua exclusión entre velocidad y acciones reflexionadas. Asimismo, el condicionamiento técnico-industrial persiste como el rasgo que diferencia la experiencia de este desequilibrio de anteriores formulaciones tocantes a la perspectiva de un acortamiento de los lapsos de cambio. Y, sin embargo, podemos estimar con Koselleck que la situación ya no es la que era:

La distinción teórica en tres cursos temporales (las acciones a corto plazo, los desarrollos que tienen lugar forzosamente a medio plazo, así como las posibilidades repetibles a largo plazo o duraderas), nos muestran que su interrelación se ha alterado decisivamente en la historia reciente.⁵⁹

El embate contra la duración, hijo emérito de la dinámica aceleratoria de la modernidad, es, por tanto, el signo de la idiosincrasia moderna de la época contemporánea, a la vez que la clave de su específica declinación de la modernidad. En los más de dos siglos que nos separan del umbral de la modernidad, la aceleración que desde el principio encarnó para Koselleck la experiencia fundamental de los nuevos tiempos se ha agudizado hasta el punto de atañer no solo a los eventos que se producen en el corto plazo, sino también al tejido persistente que sostenía este cambio, lo cual sin duda constituye una transformación sustancial respecto a la modernidad primera:

Los presupuestos de nuestros cursos vitales cambian hoy más rápidamente que antes, incluso las estructuras se tornan acontecimiento, porque se transforman más deprisa. El buen y viejo principio de que no aprendemos para la escuela, sino para la vida, ha perdido su fuerza. Aprendemos solo cómo poder reciclarnos. Y tampoco eso lo hemos aprendido todavía. [Respecto a nuestro modelo de los tres estratos del tiempo, cabe decir que] las constantes otrora vigentes que mantuvieron estable el marco de las condiciones de los procesos a medio plazo y de los contextos de las acciones a corto plazo, están sometidas ellas mismas a una enorme presión transformadora.⁶⁰

59 Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis...*, p. 95. Ver la introducción de Faustino Oncina a esta edición ("La modernidad velocífera y el conjuro de la secularización", pp. 11-33) y su artículo "Historia conceptual, histórica y modernidad velocífera", *Isegoría*, Nº 29, 2003, pp. 225-237.

60 Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis...*, p. 96. Volverá sobre ello en la entrevista "Historia(s) e histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt", *Isegoría*, Nº 29, 2003, pp. 211-224, aquí p. 221.

La persistencia y acrecencia de la aceleración, mediadas por la técnica y la industria, han modificado por tanto la propia relación entre los estratos de tal manera que se vuelve harto complicado tanto remitir las acciones a cursos más extensos, como consignar ambos al nivel de duración metahistórica. Ello, junto a la complejización resultante de la ampliación de factores a tener en cuenta en escenarios de acción cada vez menos constreñidos por estructuras constantes, devalúan, con una fuerza aún mayor que en fases anteriores de la modernidad, la posibilidad y efectividad del aprendizaje y el pronóstico, herramientas fundamentales para la acción humana.⁶¹

No es de extrañar, entonces, que Rosa recurra a la fórmula koselleckiana de la “contemporaneidad de lo no contemporáneo” en su voluntad de atestiguar la ruptura intrageneracional que se dará con la modernidad tardía. Equiparada aquí a desincronización social e incluso a desintegración, la “no simultaneidad de lo simultáneo” es uno de los motivos del aumento de demanda temporal que afecta la política, como ya señalamos más arriba.⁶²

Se hace así evidente el carácter comprometido de una investigación consagrada a la imbricación de las continuidades y discontinuidades históricas, cuyo desempeño recaiga en el estudio del grado de vigencia de ciertos conceptos. Según lo expone Koselleck, el esclarecimiento de los contextos de formación y desarrollo de los conceptos permite tomar conciencia de posibles transferencias de significado respecto a épocas pasadas. El escrutinio se traduce, entonces, en la adquisición de un mayor control semántico sobre conceptos que siguen gozando de repercusión en el contexto político actual.⁶³ Y ello poniendo un énfasis particular no tanto en la experiencia pasada que esos conceptos son capaces de albergar, cuanto en el horizonte de expectativa que también fue anticipado en ellos. Si, como expone Koselleck, a partir de las luchas semánticas que acompañan en la modernidad la pugna política, con mayor fuerza que nunca, el concepto gana en generalidad y abstracción, da a luz a unidades sociales y políticas de acción y preludia estados de cosas que se pretende ver realizados en el futuro, se abre una brecha entre lo concebido y lo existente por la que puede filtrarse fácilmente la ideologización. Como señalan Faustino Oncina y José Luis Villacañas en su introducción a *Historia y hermenéutica*:

61 Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis...*, p. 76.

62 Encontramos referencias a este lema en Hartmut Rosa. *Beschleunigung...*, nota 67 de la introducción (p. 46) y pp. 168, 187 y 412.

63 Reinhart Koselleck. “Introducción al *Diccionario...*”, p. 8.

Dado que estos conceptos [los que usamos] son también elementos de la lucha política, la diferencia entre lo disponible y lo no disponible marca también la normatividad de las luchas políticas, de su realidad o de su dimensión ideológica, de su capacidad de producir efectos responsables y libres, o de encerrarse en conceptos sin referencia estructural, como conceptos puros sin esquemas, utópicos.⁶⁴

No en balde, en su introducción al concepto de ideología, Michael Freeden le dedica un espacio a la Historia conceptual, a la que le reconoce un parentesco con el estudio contemporáneo de aquella. Freeden localiza la médula de la aportación histórico-conceptual a este campo en el hecho de haber resaltado la centralidad de la dimensión temporal para los conceptos y, por extensión, para las ideologías. Este autor subraya que:

El tiempo social e histórico se apoya en algunos hechos indiscutibles, pero un rasgo central de las ideologías es el vínculo que establecen entre hechos diacrónicos y sincrónicos de manera selectiva en una red de imaginación llena de recursos. Lo que se halla desconectado es incorporado; lo aleatorio se transforma en abierto y progresivo o cerrado y regresivo. La historia conceptual y el estudio de las ideologías reconocen la agencia humana en la elección de nuestros futuros, pero son conscientes de las muchas constricciones dentro de las cuales se producen las elecciones.⁶⁵

En este sentido, el estudio simultáneo de la formación diacrónica del significado de los conceptos, y su engarce con entramados sincrónicos, puede reclamar con justicia el título de método crítico para el examen de los discursos políticos.

En términos generales, la Historia conceptual comparte con la crítica de las ideologías la identificación en los conceptos políticos modernos de un poso de sentido que apunta a un mañana por cumplir, legatario de un marco de gestación marcado por las reivindicaciones políticas y sociales desplegadas con los acontecimientos revolucionarios de los siglos XVIII a XX. La implantación del orden burgués, y la resultante insatisfacción de aquellas aspiraciones, deja los conceptos gravados con un excedente de significación no realizado, que es puesto en juego aún hoy, pese al cambio en las condiciones históricas.⁶⁶

La importancia de este tipo de examen histórico-conceptual en el marco de una crítica contemporánea de las estructuras temporales se

64 Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer. *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós/ICE, 1997, p. 42.

65 Michael Freeden. *Ideología. Una breve introducción*. Santander, Universidad de Cantabria, 2013, pp. 101-102.

66 Ver Faustino Oncina y José Manuel Romero (eds.). *La historia sedimentada...*

muestra, por ejemplo, cuando ya, en *Modernidad y ambivalencia*, Bauman le reconoce al concepto una función proyectiva por la que cobran sentido las dolencias y sacrificios del presente de su uso y alerta del menoscabo actual de ese contenido de expectativa: “Hoy somos desdichados, pues nos han dejado el viejo vocabulario o léxico, pero sin la esperanza, que le nutría con jugos vitales”.⁶⁷ El hundimiento de esas expectativas sociales es en gran parte lo que se reconstruye en *Modernidad líquida* y la razón principal por la que Bauman puede calificar los conceptos que en ella examina de “conceptos zombis”, muertos vivientes conceptuales.⁶⁸ Pero lo que en ella se pone igualmente de relieve, es el compromiso que según Bauman nos une aún hoy al proyecto de futuro contenido en ellos, y que en líneas generales se resume en el concepto de emancipación. De ahí la necesidad de poner el foco en las causas estructurales de la pérdida de esperanzas, puesto que en ello se hace patente el vínculo perverso entre la asignación de significados obsoletos a la luz de las condiciones existentes y las exigencias de reproducción del sistema vigente. De este modo, cuando Bauman denuncia la no correspondencia entre el significado de emancipación heredado de la modernidad sólida y las condiciones que hoy en día se le ofrecen, no está sino desenmascarando una grieta por la que puede filtrarse el talante ideológico de un uso de los conceptos ajeno a lo no disponible de los mismos.

Y ello mismo encontramos cuando Rosa trata de revigorizar un concepto como el de alienación, para mostrar las consecuencias contemporáneas de la aceleración, sin caer, no obstante, en sustancialismos de ningún tipo. Su estrategia en este punto pasa por extraer la definición de alienación del desajuste entre las representaciones sociales dominantes de vida buena y las condiciones estructurales que se establecen de forma efectiva para su realización.⁶⁹ La piedra de toque para la crítica de las condiciones en que se desarrolla la autonomía en el contexto de sociedades aceleradas no es una suerte de núcleo identitario más esencial, sino la propia apelación de los individuos a una determinada visión de una vida realizada, definida desde el interior de una misma sociedad. Podríamos decir que la posibilidad de afirmar la existencia de una tendencia contemporánea a la alienación surge, en último término, de la no disponibilidad de las condiciones sociales que sostienen un concepto de autodeterminación que, con todo, continúa siendo vigente.

El escrutinio de los conceptos políticos fundamentales se revela, en este sentido, perentorio, por cuanto desemboca en el cuestionamiento del barñiz de necesidad y universalidad que recubre lo que, con especial solvencia,

67 Zygmunt Bauman. *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona, Anthropos, [1991] 2005, p. 309.

68 Zygmunt Bauman. *Modernidad líquida*..., p. 14

69 Hartmut Rosa. *Beschleunigung*..., pp. 270-271.

los herederos italianos de esta corriente han denominado el “dispositivo conceptual de la política moderna”. Como señala Giuseppe Duso:

No se trata tanto de negarlo, de considerarlo erróneo sobre la base de otra verdad, o sobre la única verdad racional que denuncia el error de aquello que se critica. La actitud es más bien la de introducirse totalmente en el interior de los conceptos pidiendo cuentas de ellos, tratando de comprender si su pretensión de racionalidad universal guía la interrogación o si estos se muestran históricamente determinados, esto es, tienen una génesis propia y en cuanto tal pueden tener una crisis propia.⁷⁰

Este aprovechamiento del potencial crítico de la semántica histórica es particularmente notable en el trabajo de Marramao. Su pretensión manifiesta es la de “construir un fecundo campo de interacción y de tensión entre el análisis semiológico y la determinación de los deslizamientos semánticos experimentados por un término en concomitancia con las metamorfosis del contexto del que se ha originado”, llegando a la demostración de su carácter culturalmente determinado.⁷¹ Para ello, Marramao toma buena nota de las investigaciones de Koselleck y se compromete con una visión del concepto sensible a su constitución hojaldrada –la sedimentación en ellos de múltiples experiencias que atraviesan las épocas a diferentes velocidades– y a su capacidad de “producir relaciones, de modelar y orientar sus propios referentes sociopolíticos”, esto es, a su doble condición de índice y factor.⁷² No solo el estudio de la secularización, sino el conjunto del trabajo de Marramao va a estar comprometido con la idea de que si aún hoy hay una función reservada para la filosofía, esta es la de una deconstrucción-reconstrucción arqueológica de los términos fundamentales que organizarían la experiencia occidental, que no caiga, con todo, en el mero desempeño de metalenguaje de la ciencia o de observancia de los enunciados designados respectivamente por el empirismo lógico y la filosofía analítica.⁷³

70 Giuseppe Duso. “Historia conceptual: ¿crítica o filosofía?”, en Faustino Oncina y José Manuel Romero (eds.): *La historia sedimentada...*, pp. 29-48, aquí p. 37. Esta tesis (la aproximación entre Historia conceptual y Crítica ideológica) no obsta para que Koselleck, aduciendo ese argumentario que aquí despliega Duso, impugne uno de los emblemas de la Teoría Crítica: el concepto de emancipación. Véase el capítulo que le dedica Koselleck a tal concepto. Ver Reinhart Koselleck. “Desplazamiento de los límites de la emancipación. Un esbozo histórico-conceptual”, en *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, pp. 113-129.

71 Giacomo Marramao. *Poder y secularización...*, pp. 15-16 y 55

72 Giacomo Marramao. *Poder y secularización...*, pp. 17 y 55-56.

73 Ver Giacomo Marramao. *Kairós...*, pp. 71-72.

Conclusión

A la luz de este recorrido, ratificamos nuestro convencimiento de que un examen crítico del tiempo presente no debería descuidar los aportes de la Historia conceptual, en su doble vertiente de método y de teoría de la modernidad y de la modernización. Hemos centrado nuestra atención en el tipo de diagnósticos que ponen el acento en la aceleración del ritmo de cambio, no solo por su profusión actual y porque se trata de perspectivas en las que se hace particularmente patente el rédito de la *Begriffsgeschichte*, sino también, y especialmente, porque la transformación de las estructuras temporales que estos ponen de relieve no nos parece una metamorfosis más, sino el núcleo del que se desprenden gran parte de las patologías sociales y políticas actuales, así como el elemento que permite valorar la relación genética de estas con el arranque de la época moderna.

Es precisamente en este sentido en el que hemos defendido como planteamiento insoslayable para los mentados diagnósticos, la exposición koselleckiana de la modernidad como un cambio no solo en el tiempo, sino del tiempo mismo, que en último término remite a una desnaturalización inescindible del fenómeno de la aceleración. Como hemos señalado, esto posibilita tanto una mejor comprensión del origen de ese principio de incremento de la velocidad, cuanto elementos de análisis para la baremación de su vínculo con el proceso de modernización. En relación con ello, hemos argumentado también que el trabajo sobre las oscilaciones semánticas del concepto de aceleración antes y durante ese mismo proceso aportan un necesario correctivo para lecturas tendentes a abultar el papel agente de la tecnología y el factor heredado en la forma de una mera transposición secularizada de presupuestos de origen religioso.

Por último, hemos aducido que la concepción estratigráfica del tiempo histórico que la Historia conceptual sostiene, y la comprensión del concepto que de ella se desprende son un útil crítico de primera magnitud por cuanto, por un lado, habilitan lecturas más sofisticadas que las que se apoyan en la dicotomía continuidad/ruptura, sensibles a fenómenos como el de la contemporaneidad de lo no contemporáneo; y, por otro, porque fundamentan un examen de lo disponible del concepto que puede traducirse en delator de usos ideológicos y naturalizantes del lenguaje.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt. *La cultura como praxis*. Barcelona, Paidós, [1999] 2002.

— *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [2002] 2004.

— *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona, Anthropos, [1991] 2005.

— *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [2000], 2009.

— *Estado de crisis*. Barcelona, Paidós, [2014] 2016.

Fernández Sebastián, Javier y Fuentes, Juan F. “Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck”, *Revista de Libros*, N° 112, 2006, pp. 6-10.

Freeden, Michael. *Ideología. Una breve introducción*. Santander, Universidad de Cantabria, 2013.

Fusaro, Diego. *Essere senza tempo. Accelerazione del tempo e de la vita*. Milano, Bompiani, 2010.

Gumbrecht, Hans U. *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid, Escolar y Mayo, [2010] 2010.

Hartog, François. *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris, Seuil, 2003.

Imbriano, Gennaro. *Le due modernità: critica, crisi e utopia in Reinhart Koselleck*. Roma, Derive Approdi, 2016.

Kant, Immanuel. *Antropología en sentido pragmático*. Madrid, Alianza, [1798] 1991.

— *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*. Madrid, Tecnos, [1784] 2006.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, [1979] 1993.

— *Aceleración, prognosis, secularización*. Valencia, Pre-Textos, 2003.

— “¿Existe una aceleración de la historia?”, en Beriaín, Josetxo y Aguiluz, Maya (eds.): *Las contradicciones culturales de la modernidad*. Barcelona, Anthropos, 2007, pp. 319-345.

— “Introducción al *Diccionario histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*”, *Anthropos*, N° 223, 2009, pp. 92-105.

- *historia/Historia*. Madrid, Mínim Trotta, 2010.
- *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid, CEPC, 2011.
- *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012.

Koselleck, Reinhart y Dutt, Arsten. “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría*, Nº 29, 2003, pp. 211-224.

Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans-Georg. *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós/ICE, 1997.

Marramao, Giacomo. *Poder y secularización*. Barcelona, Península [1983] 1989.

- *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Barcelona, Gedisa, [1992] 2008.
- *Dopo il leviatano. Individuo e comunità*. Torino, Bollati Boringhieri, 2013.

Marramao, Giacomo y Miravet, Nerea. “El pensamiento fuerte de la contingencia. Una conversación con Giacomo Marramao”, *La Torre del Virrey*, Nº 15, 2014, pp. 59-66.

Oncina, Faustino. “Historia conceptual, Histórica y modernidad velocífera”, *Isegoría*, Nº 29, 2003, pp. 225-237.

- (ed.). *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. Madrid, Plaza y Valdés y CSIC, 2009.
- (ed.). *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona, Herder, 2010
- “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, *Historia y Grafía*, Nº 44, 2015, pp. 89-114.

Oncina, Faustino y Romero, José Manuel (eds.). *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*. Granada, Comares, 2016.

Oncina, Faustino y Varas, Ana García (eds.). *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*. Valencia, General de Ediciones de Arquitectura, 2017.

Rosa, Hartmut. *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, [2005] 2014.

- *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires-Madrid, Katz, [2010] 2016.

- Virilio, Paul.** *L'inertie polaire*. Paris, Christian Bourgois, [1990] 2002.
— *Velocidad y política*. Buenos Aires, La marca, [1977] 2006.
— *Le Grand Accélérateur*. Paris, Galilée, 2012.